

VICENTE
GARRIDO

LOS
HIJOS
TIRANOS

El síndrome
del emperador

Nueva edición actualizada

Ariel



Vicente Garrido

Los hijos tiranos

El síndrome del emperador

Ariel

Primera edición en esta presentación: junio de 2019
Ediciones anteriores: 2005 y 2011

© 2005 y 2019, Vicente Garrido Genovés

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3106-5
Depósito legal: B. 9.042-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado
como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Nacho, de 16 años, está sentado frente a mí. Me mira de forma intermitente, pero cuando lo hace clava los ojos, como si quisiera leer en mi interior. Sus padres me contaron que «no pueden más», que no quieren ir a la policía ni al juzgado, que soy su última oportunidad.

—¿Qué fue lo que pasó ayer? Tu madre me llamó muy angustiada...

—¿Lo de ayer? Bueno... no fue para tanto. Discutimos. Mi madre siempre cree que me aprovecho cuando mi padre está fuera de viaje, y que entonces la acorralo, eso dice. Pero sólo discutimos. De verdad, no pasó nada grave.

—Sin embargo, tu madre luego estaba muy alterada... Me dijo que estaba asustada, que habías vuelto otra vez a amenazarla...

—Mi madre exagera. Es una cobarde, siempre lo ha sido. ¡Una vez le tiré una patata a la cabeza y gritaba como si le hubiera tirado una bomba...!

Nacho lleva dos años mostrando un comportamiento muy violento hacia sus padres. Siempre había sido un «niño difícil», pero en los últimos meses la cosa se ha complicado mucho, y ahora —a la vista está— se ha convertido en un «hijo tirano» de sus padres. Va mal en la escuela, y por toda explicación dice que «los

profesores son todos unos mierda», y que «no os preocupéis, ya aprobaré». A pesar de que se lo prohibieron sus padres, no tuvo ningún problema en llevar a «su chica» a casa, meterla en su habitación, y acostarse con ella... estando sus padres en casa. Después de que se hubo marchado y los padres le recriminaron su conducta, Nacho dio una patada a la mesa del comedor y rompió una de sus patas: la mesa cayó como una losa, y destrozó media vajilla que estaba preparada para la cena.

Nacho no es muy alto, pero es robusto. Tez oscura, manos grandes pero finas, podría ser la de alguien que practicara el piano con frecuencia. Aparenta ser alguien controlado, pero tiene una gran violencia dentro de sí, capaz de activarse cuando las cosas no salen como él espera. Su padre es empleado de banco, y parece realmente cansado. Es obvio que no está en disposición de tener un enfrentamiento físico con su hijo, cosa que, por otra parte, repele a su forma de pensar. Sin embargo, no puede claudicar más. En esos dos últimos años ha visto cómo las exigencias de su hijo han ido *in crescendo*: a los 14 años pidió una «*mountain bike* de profesional», ya que iba a «dedicarse en serio a practicar ese deporte». Un año después «se plantó», y dijo que «nadie iba a decirle a qué hora tenía que volver a casa». Los insultos a su madre han sido constantes desde entonces; ella es la que más sufre la violencia de Nacho, que hasta ahora no ha sido «muy» grave: empujones, lanzamientos de objetos, frases vejatorias y otros comportamientos de violencia psíquica. En casa, no cabe duda, nadie tiene autoridad sobre él.

Su padre le dijo hace una semana que lo que hacía «era un delito», y que lo iba a denunciar. Gracias a esta presión logró que viniera a verme. Le dijo que era bueno que alguien pudiera ayudarles a llevarse «como una familia».

—¿Tú quieres a tus padres? Quiero decir, ¿qué sientes por ellos?

—¿Quererlos...? ¡Ja, ja! Claro que sí, hombre... Pero comprenda, ya no soy un niño... No puedo dejar que me controlen en

todo. Ellos no entienden mis necesidades. ¿Usted no se enfadaría si no le dejaran hacer nada de lo que quiere hacer?

Cada vez recibo más llamadas de auxilio de padres como los de Nacho, padres atónitos, asombrados ante una violencia que no pueden comprender. Pero no sólo yo, muchos de mis colegas están asistiendo a este mismo fenómeno. Rosa Patró, psicóloga y amiga, recibe una consulta «urgente» para ver cómo puede ayudar en un caso con una niña violenta: «El problema viene ya desde hace unos dos años, cuando nos “enteramos” que la niña le pegaba a mi tía. Siempre fue algo muy en secreto; la madre lo intentó tapar siempre y sólo nos enterábamos cuando las muestras eran evidentes (moratones y demás). Pero con los años la niña se ha hecho más y más agresiva. Ahora tiene 13 años y esta misma mañana mi madre me ha llamado desesperada porque la cosa ya es muy fea: obliga a mi tía a dormir fuera de casa. En una palabra: tiene dominada a mi tía, su madre. La cosa es ya insostenible, el problema está en que mi tía lo oculta todo. Mi madre se ha informado y el problema es muy grave, porque pueden quitarle la custodia a mi tía [...] Es horroroso. No sé qué decirle a mi madre, no sé qué hacer... y mientras, la niña sigue golpeando a su madre, con el miedo de que cualquier día le rompa una silla en la cabeza y suceda algo irremediable».

La rebelión de los hijos

¿Qué está pasando? ¿Cómo puede ocurrir que una niña de sólo 13 años eche a su madre de su propia casa, y la golpee continuamente? ¿Por qué hay tantos hijos que tiranizan a sus padres? Si fuera un caso aislado... pero no lo es. Se trata de una auténtica epidemia. Los servicios sociales son unánimes a la hora de señalar que se trata de «un fenómeno nunca visto». El responsable de menores del Colegio de Abogados de Valencia declaró que las agresiones a los padres han sufrido «una escalada terrorífica».

Y en efecto, lo es: esa violencia —llamada a «ascendientes»— creció en los juzgados de esa Comunidad *catorce veces* más en los últimos tres años. En Cataluña, los padres que denunciaron a sus hijos pasaron de ser 23 en el año 2001 a 178 en el año 2004. Para añadir más alarma a la situación, las niñas, desde siempre y en todas partes mucho menos violentas que los niños, están también haciéndose notar en esta *rebelión cruenta* de los hijos. Leo esta noticia un día cualquiera:

«Todo empezó cuando era una niña. Pedía una cosa y la quería en el momento. Al principio creí que era la edad. Pero los empujones que me daba cuando le decía a algo que no se convirtieron en palizas». C.M. sufrió malos tratos de su hija. «Me ha pegado más palizas que pelos tengo en la cabeza», subraya duramente. En cambio, ante el padre no mostraba violencia.

Esta madre llevó a su hija a especialistas, pero no le detectaron ninguna enfermedad. «Hasta mi médico de cabecera y la policía que acudía a mi casa me decían que denunciara», recuerda. Tiene otra hija mayor con quien no tuvo problema alguno, por eso está convencida de que la educación que ambas recibieron no ha sido la razón de las agresiones.

«Para evitar una paliza a veces le daba el dinero que pedía [...]. Siempre pensaba que esto no me iba a suceder, pero allí he visto a más padres en la misma situación, y nos hemos ayudado».

¿Ha existido siempre esta violencia hacia los ascendientes, o es un fenómeno nuevo? Desde luego, siempre ha habido padres golpeados y extorsionados por sus hijos, pero no me cabe duda de que esta violencia se ha incrementado de forma espectacular, por varias razones. En primer lugar, porque con la perspectiva temporal de los últimos diez años, vemos que se han incrementado otras formas de violencia protagonizadas por los jóvenes, como es la delincuencia juvenil (en particular el pandillismo —*skins*, ultras y bandas latinas— y las agresiones violentas, sexuales y homicidios) y el acoso escolar (*bullying*), es decir, la violencia física y/o psíquica que, de modo habitual, unos alumnos

ejercen sobre otros. No tiene nada de extraño, por consiguiente, que también en esta peculiar forma de agredir se haya producido un incremento muy sustancial.

La segunda razón es que se trata de algo muy difícil de sacar a la luz. ¿A qué padre o madre le gusta denunciar a su hijo, o pedir el amparo de los servicios sociales? Cuando tantos casos han llegado a los organismos públicos, es porque muchos más padres se han visto afectados y desbordados en comparación a lo que ocurría antes. Una tercera razón es que muchos de estos casos se «paran» en el sistema alternativo de la salud privada, particularmente en psicólogos clínicos o de familia, o bien en los psiquiatras, y esto es posible porque sólo en los últimos diez años se ha extendido en España esta práctica generalizada de acudir al «especialista» cuando hay problemas: si esta red intermedia —entre el niño violento y la justicia o servicios de menores— no existiera, estoy seguro de que las administraciones públicas todavía estarían más inundadas de casos de esta índole.

¿Qué está pasando?

No puede ser casual que nuestros hijos exhiban ese comportamiento tan «desnaturalizado» hacia sus padres, al tiempo que el acoso y la violencia hacia los compañeros en las escuelas alcanza también un estado de honda preocupación. Para mí ambos fenómenos están relacionados, aunque no provengan exactamente de las mismas causas. Aunque todavía no se ha investigado, creo que muchos —no todos— de los jóvenes violentos en la escuela también son violentos en sus casas. ¿Por qué? Una vez que alguien aprende a que la dominación tiene sus beneficios, la tentación a extender ese método exitoso es muy grande. Por otra parte, si un joven consigue «controlar» a sus padres, e imponerse con su amenaza o violencia de hecho, mucho más fácil le resultará amedrentar a compañeros de su colegio y sacar provecho de

esa extorsión. Un caso de mis archivos profesionales ilustra bien esta duplicidad en la violencia hacia los padres y hacia los compañeros.

Daniel tiene 16 años, vive con sus padres en Sevilla. A los ocho años empezó a mostrar comportamientos muy agresivos: en varias ocasiones prendió fuego a diversos enseres de la casa, y ahogó a un cachorro recién nacido en el chalet de unos amigos.

Su hermano, dos años mayor que él, desde siempre le tuvo miedo, ya que si bien es más fuerte que Daniel, éste mostró siempre una enorme agresividad: puertas rotas, objetos desaparecidos, robos a sus compañeros... Cuando le conozco, a los 16 años, Daniel ha pasado ya por tres colegios. En los dos últimos hay constancia de que tuvo un comportamiento de acoso hacia alguno de sus condiscípulos. En un caso, estuvo arrebatando el bocadillo de un chico de su clase durante varias semanas y luego lo pisaba y lo tiraba a la basura, en represalia a que no había querido hacerle un trabajo escolar. En otro caso documentado dio una paliza y robó a un alumno al que insultaba habitualmente llamándole «foca apestosa».

Tiene varios diagnósticos, consecuencia de su peregrinar por los especialistas, pero el más repetido es «trastorno disocial»: este es el diagnóstico oficial para muchos de los que, de adultos, exhibirán una psicopatía. No obstante, hay chicos que pueden cometer actos atroces en su adolescencia o primera edad adulta sin presentar signos muy nítidos de violencia desde pequeños. No sabemos por qué, pero algunos parecen ser «durmientes», y explotan más adelante en una violencia brutal (es el caso de Rabadán, el joven de Murcia que mató a sus padres y hermana mentalmente disminuida con una espada japonesa o catana). Otros, como Daniel, avisan desde el principio. Son inmunes a las regañinas, parecen no comprender los sentimientos de los demás. Viven en su propio mundo, absolutamente egocéntricos.

A los 13 años empezó a insultar gravemente a sus padres. Como estos le castigaran un fin de semana sin salir, al volver el sábado por la noche a casa los padres comprobaron que la pared de

su dormitorio tenía escritas con spray las palabras (con tipografía en mayúsculas): «OS ODIO. ALGÚN DÍA ME LAS PAGARÉIS. Y SERÁ PRONTO».

Daniel nunca se ha enfrentado físicamente a su padre, pero sí ha zarandeado a su madre, la ha empujado y le ha dicho varias veces que «le importa una mierda que seas mi madre», amenazándola con que «me vas a dar ahora el dinero que te pido (para una cazadora) o te echo a perder tu guardarropa». Cuando llega a casa su padre —gerente en una empresa de fabricación de plásticos— él se ha marchado por ahí, o se encierra en su cuarto (ha puesto tres veces una cadena, cada vez que la retira su padre él la vuelve a poner).

Este último año ha sido muy duro: los padres no le reconocen como su hijo a medida que va creciendo. Él repite por segunda vez tercero de secundaria. Dice que «los listos» no han de estudiar; que sólo espera cumplir 18 y ganar un dinero para «desaparecer para siempre». Cuando le pregunto qué hará si no consigue dinero, me dice que «cualquier cosa». «Aguantaré a estos pringados —por sus padres— sólo lo imprescindible... Ya no los soporto. Y si mi padre algún día me toca, tengo amigos que le pueden devolver el favor...».

Esta violencia no es sólo un problema grave en España. En Inglaterra, Tony Blair ha declarado recientemente que quiere «inculcar respeto entre sus ciudadanos», y en particular entre los jóvenes violentos. En Francia la preocupación con la violencia «social y cotidiana» de los niños de 7 a 15 años ha movido ya diversas iniciativas gubernamentales. Pero quizás en nuestro país esta crisis haya sucedido —como tantas otras cosas en nuestra joven democracia— de modo más repentino y brutal. Ahora se trata muchas veces de chicos de clase media que —a diferencia de los jóvenes que provienen de zonas marginales, que son los clientes habituales de los juzgados de menores— «no deberían» estar actuando de este modo, ya que en teoría al menos disponen de recursos y de padres adecuados. Esta participación creciente en la

violencia explícita de chicos «que no deberían ser violentos» se traduce, como es lógico, en una agresividad donde primero hallan sus víctimas, que es su propia casa. Pero luego también se traduce en los colegios, y en ciertos casos, en crímenes y agresiones en la calle.

Argumentos para la epidemia de los hijos tiranos

En Aragón también están muy preocupados, como en el resto de España. María José Chinchilla, que hizo un estudio con otros colegas de este tipo de violencia tal y como se registraba en los juzgados de Zaragoza, explica la dificultad de los padres para denunciar, porque ante todo es un fracaso de los padres como educadores: «reconocer la aberración de la actitud del hijo, supone admitir y asumir su propio fracaso como padres», explica el fiscal de menores, Carlos Sancho.

Sí, quizás los padres no quieran reconocer la verdad, y admitir compungidos su fracaso como educadores de sus hijos. En todo caso, es lo que piensa mucha gente en la sociedad actual, lo admitan ellos o no. Por ejemplo, cito de nuevo a Tony Blair, el primer ministro de Gran Bretaña, para poner un ejemplo de esta coincidencia en la opinión. Así, a propósito de esa iniciativa a la que antes hacía referencia, declaró que «algunos niños crecen sin una adecuada atención de sus padres, sin un sentido de la disciplina en el ámbito familiar [...]. En la campaña electoral escuché en demasiadas ocasiones decir a la gente que se ha perdido el respeto en las aulas, en las esquinas de nuestras calles [...]. Pero yo no puedo resolver todos estos problemas [...]. Lo que no puedo es educar a los hijos de los demás».

Y en nuestro propio país, esa creencia en la ineptitud paterna como fuente del delito y la violencia de sus hijos llegó a nuestros tribunales de justicia en una sentencia digna de recordarse, a propósito del terrible suceso conocido como el «crimen de la Villa

Olímpica», acaecido hace algunos años en Barcelona, cuando Valentín Moreno y otros seis jóvenes asesinaron a golpes de manera gratuita y premeditada a otro joven, Carlos Robledo, e hirieron a dos de sus amigos (ver nota 1). Pues bien, además de la sentencia penal condenatoria a los responsables del homicidio y las agresiones, el juez responsabilizó en particular a los padres del principal encausado (Moreno) a pagar una cuantiosa indemnización a los padres del chico fallecido. Así, podemos leer en el auto del juez que «el grado de responsabilidad de su hijo no era el más adecuado, y su falta de atención [de los padres] contribuyó de forma grave a las conductas agresivas de Valentín ante la ausencia de contención y atención». El juez sigue afirmando que a los padres «no se les exige un seguimiento exhaustivo de las actividades de Valentín, pero su carácter y personalidad permiten prever un tipo de comportamiento y les es exigible una mayor vigilancia y atención no sólo cuando tiene cerca de 18 años, sino desde siempre, y esa observancia hubiera permitido ver la evolución agresiva de su hijo».

Luego está claro el punto de vista del juez: si los padres hubieran prestado mayor atención a su hijo, habrían evitado que éste desarrollara esa personalidad y carácter agresivos, y entonces —es de suponer— habrían sido capaces de evitar ese resultado. Lo que no dicen es qué hubieran tenido que hacer para tener éxito en la contención de su hijo. Se supone que habrían tenido que ser *mejores* padres, estar *más atentos*, y si veían que su hijo no estaba creciendo como un chico «normal», entonces tendrían que haber buscado la ayuda que hubiera sido necesaria. Todo antes de dejar que se convirtiera en un asesino.

Mi idea es que el juez se aventura demasiado si aplica esta idea como algo general al caso de Moreno, sin haber verificado este punto (cosa que ignoro, y por consiguiente no me pronuncio al respecto). No niego que muchos padres educan de modo deficiente a sus hijos, pero creer en el siglo XXI que éstos tienen el destino de sus hijos en las manos es demasiado. Si es así, ¿qué le deci-

mos a la madre que hemos conocido anteriormente (C.M.), golpeada por su hija, que «para evitar una paliza a veces le daba el dinero que pedía», y que, con otra hija mayor que no le da ningún problema, «está convencida de que la educación que ambas recibieron no ha sido la razón de las agresiones»?

¿Y qué podríamos decir a los padres de Rabadán, si pudiéramos verlos y hablar con ellos? Cuando este joven, «para saber lo que se siente», mata a su familia en un acto perfectamente planificado, levantándose a primera hora y después de que está en vela esperando el momento más adecuado para que sus padres y hermana no se pudieran defender, ¿qué signos de su infancia, que agresividad obvia tendrían que haber alertado a sus padres de que su hijo iba a convertirse en un asesino múltiple, y que las víctimas iban a ser precisamente ellos?

¡Qué fácil sería todo si pudiéramos señalar siempre a los padres como los culpables de la violencia y el crimen de sus hijos! ¡Cómo se clarificaría el panorama si los hijos tiranos fueran la consecuencia de padres permisivos o de otra forma incompetentes!

Desgraciadamente —o afortunadamente, según se mire, porque si los padres fueran como los alfareros, que dan forma definida a sus productos, quizás habría muchos más delincuentes y asesinos, considerando los millones de padres que no saben o no pueden educar bien— el asunto es mucho más complejo. Mi argumento en este libro se resume ahora muy brevemente en las respuestas a tres preguntas relacionadas:

- a) ¿Es cierto que la violencia de los hijos hacia los padres es, ante todo, un exponente de la ineptitud de los padres como educadores? Y si esto es así,
- b) ¿Ahora los padres son más incompetentes de lo que eran antes?
- c) Y si la respuesta es de nuevo afirmativa: ¿por qué?

En primer lugar, hay bastantes pruebas de que muchos hijos pueden ser profundamente indisciplinados y violentos sin que los padres sean los instigadores —por su dejadez o porque ellos mismos son erráticos y violentos— de esa forma de ser. Me consta que muchos de los padres que han venido a verme se han preocupado y se siguen preocupando *realmente* de sus hijos. Otra cuestión es si esos padres han hecho todo lo humanamente posible para evitar ese resultado, es decir, *si no hubieran podido hacerlo mejor caso de que hubieran contado con la asistencia y ayuda necesarias*. Esta es otra cuestión, y desde luego la respuesta con frecuencia tendría que ser en este punto necesariamente afirmativa. Ahora bien, no me parece honesto en este caso decir que los padres «tienen la culpa», porque los padres lo hicieron lo mejor que supieron, y objetivamente eso que hicieron *hubiera bastado en una gran mayoría de niños* para que su formación hubiera estado libre de esos problemas.

Dicho esto, no hay duda de que muchos padres son negligentes, o simplemente no saben cómo educar a sus hijos. Javier Elzo, profesor de la Universidad de Deusto, ha declarado que aproximadamente un 40 % de los padres, en sus respuestas a una encuesta de la Fundación de Ayuda a la Drogadicción, reconoce no saber cómo hacer frente a las dificultades que les plantean sus hijos en su educación. Luego sí creo que la tiranía de muchos de estos hijos se puede deber a que sus padres no saben muy bien cómo proceder cuando éstos son difíciles en su trato. Sin embargo, opino que la responsabilidad de los padres es menor cuanto más profunda y precoz es la violencia de los hijos, con la excepción de aquellas familias que maltratan a sus hijos o los desatenden gravemente, y son los clientes habituales de los servicios sociales. En tales casos uno ve que la violencia se transmite a través de las generaciones: unos padres que no deberían haber tenido hijos —por su incapacidad para llevar una vida de provecho, alejados del alcohol, los robos o las drogas— tienen hijos que reproducen esos mismos patrones de marginación y delincuencia. Aquí los padres incompetentes tienen hijos violentos, sin duda.

Pero el tema de este libro es otro, es por qué en nuestras familias no «marginales» surgen ahora tantos hijos tiranos de sus padres, que los hacen objeto de humillaciones, amenazas y actos de violencia. Y, contestando a la segunda pregunta, he de decir que sí, que yo creo que *ahora los padres son más incompetentes de lo que eran los padres de otras generaciones*.

Sin embargo, esa «incompetencia» no puede atribuirse en toda su extensión a la responsabilidad de los padres. Hoy en día hay muchos factores que dificultan la educación —o la *socialización*, que es palabra muy querida para los educadores— de los hijos por los padres; no es simplemente que los padres no quieran educar, o que no hayan aprendido a hacerlo.

Resulta sorprendente, a priori, que los padres ahora sean peores educadores, cuando tienen un nivel de estudios como nunca ha tenido generación alguna de nuestro país, y cuando los índices de cultura y bienestar son igualmente elevados para las clases medias.

Sin embargo, deberíamos echar un vistazo más cercano a la sociedad de hoy, por una parte, y a la filosofía educativa que preside la acción educativa de los padres y de la sociedad, por otra. Ambos aspectos son centrales en mi argumento para contestar a la tercera pregunta (¿por qué los padres ahora son menos eficaces educando a sus hijos?).

Por una parte, si bien el avance de la tecnología y la economía ha elevado de modo extraordinario la comodidad y seguridad de los ciudadanos, eso se ha visto acompañado por un desarrollo brutal del consumismo y del deseo de obtener los bienes de ese consumo y las satisfacciones de modo inmediato. En dos palabras: como modo de producir dinero y riqueza, España (y todo Occidente en verdad) ha creado un hedonismo como filosofía de consumo vital, que incita a disponer de las cosas o actividades cuanto antes. Además, el éxito y el prestigio social se han puesto en la cantidad y rapidez con que las familias y los individuos pueden acceder a ese consumo.

En segundo lugar, y de modo muy relacionado, nunca había existido una sociedad como la actual donde fuera más obvia la senda para desviarse, donde las tentaciones para «vivir aprisa y sin las zarandajas de la disciplina» fueran tan abundantes. Sexo¹ y pornografía, drogas y alcohol, glorificación de la violencia... todo está al alcance de la mano, en múltiples rincones de las grandes ciudades, en televisión e Internet. Delinquir hoy es mucho más fácil que antes: hay más dinero, hay más bienes que son «imprescindibles», y a esto se añade que «pasarlos bien» huyendo de la responsabilidad es también mucho más fácil (alcohol y drogas).

En tercer lugar, y en relación con los niños, cada vez la sociedad ha retrasado el momento en que éstos deben de contribuir al bien común, adoptando roles de responsabilidad. Esto en parte ha sido una exigencia del propio proceso de formación actual, que exige mayor tiempo para el aprendizaje de los conocimientos y habilidades necesarios para desempeñar un trabajo en el mercado. Pero también ha sido el resultado de un grave error, a mi juicio, consistente en creer que todos los jóvenes pueden esperar tranquilamente el momento en que pueden hacer algo útil para los demás. Sencillamente, hay chicos que necesitan a los 14 años verse personas útiles en un cierto sentido social, aunque su remuneración fuera poco más que simbólica. Pero, bien al contrario, la filosofía imperante se concreta en este mensaje a los chicos: «Tenéis todas las oportunidades para formaros, y dinero para disfrutar de cosas, sacad provecho de todo esto y luego ya nos devolveréis lo invertido, siendo buenos ciudadanos y padres de familia».

El problema es que este mensaje —«ahora no os exijo nada, luego espero que os portéis bien»— no es una buena idea cuando se aplica a muchos chicos que tienen un temperamento difícil, o a padres más ocupados o estresados de lo que resultaría aconsejable. Estos chicos, acostumbrados a la vida muelle de una sociedad

1. Según las últimas estadísticas, los abortos en adolescentes han aumentado en 50.000 en los últimos diez años.

consumista, no aprenden a controlarse, no desarrollan normas morales que les obliguen a ser responsables y optan por la tiranía con sus padres, por el abuso de compañeros de colegio, y muchas veces por el consumo de alcohol o drogas de modo regular.

En cuarto lugar, en contra de lo que pudiera pensarse, los padres muchas veces tienen un panorama menos alentador que el que ofrece sus títulos académicos o sus trabajos. Estos padres tienen una presión en sus trabajos que antes no existía. En efecto, sólo hace quince o veinte años —cuando ellos eran los hijos— el mundo laboral era mucho más estático y predecible. Cualquier empleado podía esperar quizás a jubilarse en la primera o segunda empresa en la que entraba a prestar sus servicios. Por otra parte, la actualización en su profesión no era algo absolutamente necesario: con la experiencia en su trabajo y los estudios cursados uno que no fuera muy ambicioso podía desempeñar de modo aceptable su cometido. Todo esto ha cambiado: la tecnología, la «sociedad de la información» ha cambiado el mundo del trabajo, de la economía y en verdad ha transformado el propio mundo. También la movilidad y —lo que es mucho peor— la precariedad laboral se han convertido en prácticas habituales del mercado. Ya nadie puede sentirse seguro, es necesario estar alerta, presto para competir con mayor virulencia si no queremos perder el tren y con él... nuestro empleo. Es necesario «reciclarse», mostrarse «creativo», sacar provecho de los cacharros tecnológicos que cada día prometen ser una «solución» para un nuevo «problema».

Pero los padres tienen un problema más cercano todavía. Mi quinto argumento es que la relación, los roles que han de cumplir, distan mucho de ser claros. En una sociedad donde hay que moverse mucho para llegar a fin de mes (y tener muchos de los productos «imprescindibles»), ¿quién se tiene que ocupar de los niños?, ¿cómo conciliar el papel de madre y de trabajadora, cuando el sueldo de ella es necesario para pagar un precio desorbitado por la vivienda? La tasa de divorcios crece, y los matrimonios demuestran no saber cómo hacer frente a tantas presiones e

incertidumbres. Los roles de «hombre» y de «mujer» en la relación conyugal se difuminan, y no todos están capacitados para resolverlos en armonía. La consecuencia son matrimonios rotos con muchos chicos viviendo sólo con su madre.

Y finalmente, mi sexto argumento, y lo que considero en parte resultado de todo lo anterior, y por ello mi idea principal acerca de por qué los padres han perdido capacidad como educadores, es que la sociedad ha perdido el objetivo principal de toda educación humana: crear conciencia, desarrollar un fuerte código moral acerca de lo que está bien y lo que está mal. La conciencia, el sentimiento de responsabilidad y de culpa vinculado a un desarrollo pleno de las emociones morales, ha pasado de moda, metido en el paquete de lo «obsoleto», de lo «trasnochado». Y obrando de esta manera, hemos cometido un grave error. La figura 1 representa en un gráfico mis seis argumentos. En el resto del libro los discuto y analizo, y espero arrojar alguna luz a los padres interesados en no tener hijos tiranos.

Una palabra para terminar. No estoy a favor de una sociedad estancada en prácticas obsoletas. Creo que muchas cosas de hoy suponen un claro progreso. Pero también pienso que los problemas hay que encararlos, y cuando surgen desequilibrios importantes es necesario preguntarse por qué suceden. No creo que podamos decir que hoy en día nuestra sociedad no «tiene valores»; los tiene, y muchos de ellos son excelentes. Sin embargo, también se cometen errores, y olvidar la conciencia y el sentimiento de culpa ha sido quizás el producto de los tiempos, no lo sé, pero se trata de un pilar antropológico del ser humano, y no sólo de uno o de varias religiones. Mi opinión es que la búsqueda de una sociedad secular ha sido confundida con la obtención de un hombre «sin complejos», y con la falsa creencia de que la conciencia era en realidad uno de esos complejos. Y ciertamente no lo es, sino que es más bien el mismo vértice de la humanidad, el funda-

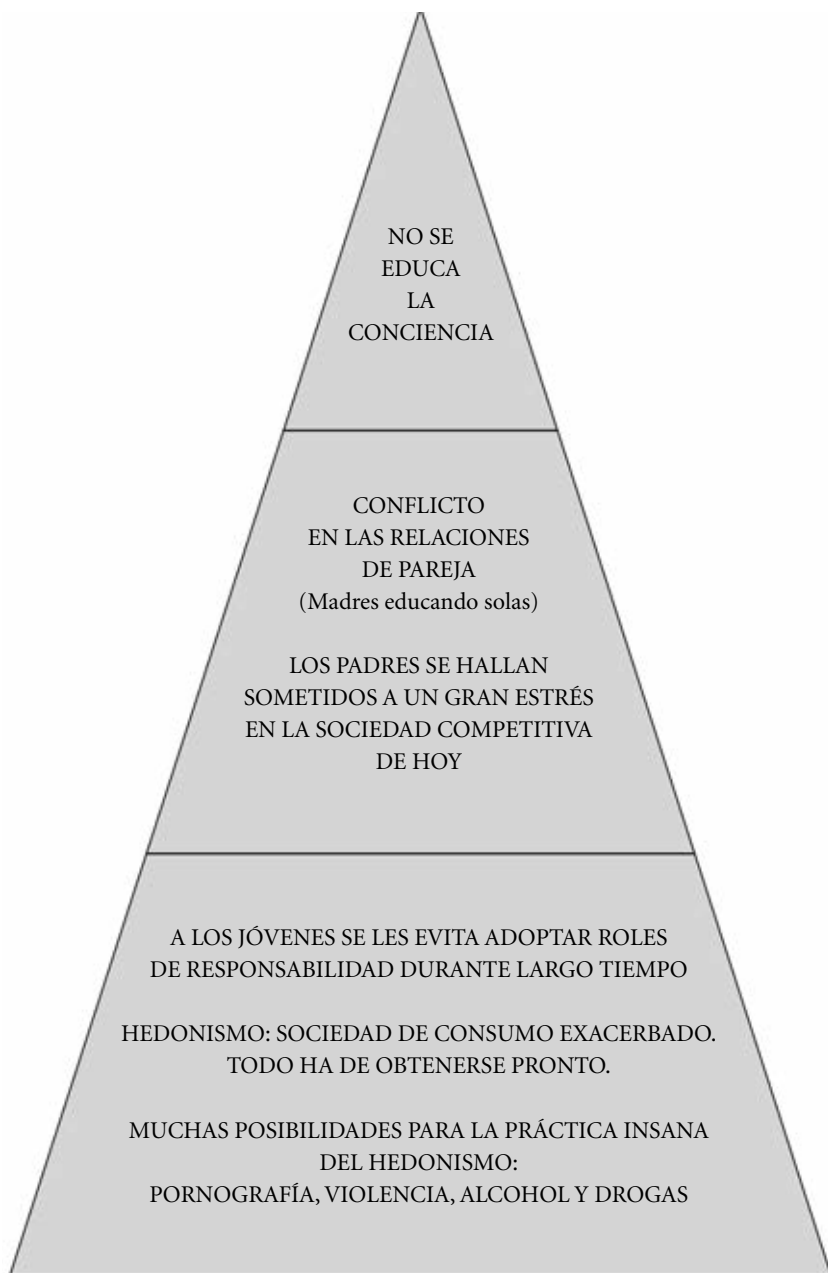


FIG. 1.1. *Seis argumentos para la dificultad de educar a los hijos hoy.*

mento que posibilita *sentirse y actuar como seres humanos* de acuerdo a los valores que hemos construido desde el principio de la historia. Nada más, y nada menos.

El siguiente capítulo ofrece una rápida visión acerca de la naturaleza humana con el objetivo de entender por qué los sentimientos morales y la conciencia constituyen una parte ineludible de nuestra especie.

Índice

<i>Prólogo a la nueva edición</i>	11
<i>Agradecimientos</i>	15
<i>Introducción</i>	17
CAPÍTULO 1. Una sociedad angustiada	21
La rebelión de los hijos	25
¿Qué está pasando?	27
Argumentos para la epidemia de los hijos tiranos	30
CAPÍTULO 2. La naturaleza humana	41
El ser humano es egoísta y altruista	43
Un ser moral	45
Doctor Jekyll y Mister Hyde	47
Es un ser libre y racional	49
Es vulnerable y dependiente	51
El desafío entre el bien y el mal	54
CAPÍTULO 3. El gran fracaso de la conciencia	55
¿Qué es la conciencia?	57
La conciencia y el desarrollo moral	58

Es difícil imaginar no tener conciencia	60
La violación de Fatiha	62
El gran fracaso	67
¿Perturbación psicológica o perturbación moral?	68
CAPÍTULO 4. El síndrome del emperador	71
El poder del emperador	73
Trastorno antisocial de la personalidad, psicopatía e hijos tiranos	75
Estadísticas para el desasosiego	77
El caso de Rosalía	79
CAPÍTULO 5. Variedades del síndrome del emperador	87
Emperadores y delincuentes	89
Emperadores y otros jóvenes violentos	91
Variaciones del síndrome del emperador	92
El psicópata envidioso	98
El narcisismo	100
¿Saben los psicópatas que lo son?	101
¿Qué causa la psicopatía?	101
¿Qué emociones siente el psicópata?	102
La investigación	102
CAPÍTULO 6. La prevención en la familia	105
El ambiente	107
Padres muy competentes	110
Personas con una profunda conciencia	113
Personas positivas	120
Las enseñanzas de las personas moralmente comprometi- das: el coraje moral	126
Educar a los hijos como personas moralmente comprome- tidas es una necesidad vital del ser humano	127
Las necesidades de Glasser	130
CAPÍTULO 7. La cultura y la educación de los padres	135
La cultura como compensadora de la psicopatía	138
La conciencia moral ha de enseñarse de modo explícito ..	141
La moralidad negativa	143
Conclusión	144

CAPÍTULO 8. A modo de síntesis: medidas eficaces para la prevención	149
¿No es la violencia hacia los padres algo que se ha dado siempre, y ahora sucede que sale más a la luz?	153
¿No son los hijos tiranos el producto de unos padres que previamente los han maltratado?	154
¿En las familias sin malos tratos, no es cierto que esa violencia sigue a una educación muy permisiva?	155
¿Quiénes son los jóvenes que presentan el síndrome del emperador?	156
¿Qué podemos hacer con estos niños?	157
CAPÍTULO 9. Nunca es demasiado tarde. Intervenir cuando los hijos muestran un desafío y violencia importantes	163
Dos tipos de hijos violentos	165
Cerrar filas	167
Comprender lo que se hace mal	169
El estilo de relación proactivo	170
Una nueva meta	172
Tres actitudes fundamentales	175
Tres aprendizajes fundamentales	180
El internado	181
Los padres como educadores de los hijos tiranos	182
<i>Epílogo</i>	187
<i>Notas</i>	191
<i>Notas bibliográficas</i>	199